

Alfons Cervera

Escritor. «El color del crepúsculo» (1995), dice, es su novela preferida. Esta es la que abre «Las voces fugitivas», volumen que reúne sus cinco títulos del llamado ciclo de la memoria, un proyecto único alrededor de los mismos personajes, un entorno, el de Los Serranos, y un eje temporal, la Guerra Civil. ¿Desencanto en 2013? No lo sabe, pero es de los que no está contento con el devenir desde la muerte de Franco.

«No confío en los héroes, si es que existen»

El autor valenciano reúne sus cinco novelas sobre la memoria de Los Serranos en el libro «Las voces fugitivas» (Piel de zapa)

ALFONS GARCIA VALENCIA

¿Cuánto hay en «Las voces fugitivas» de proyecto unitario pensado desde el principio y cuánto de encontrado en el camino?

Siempre ha sido una mezcla de las dos cosas. Cuando escribí, una a una, las cinco novelas estaba claro que se podían leer de manera independiente. Pero nunca hubo ninguna duda de que se trataba de un único proyecto: una novela en cinco partes. Los personajes, los sitios, el tiempo histórico en que suceden los acontecimientos son los mismos.

Dice que los personajes le han ayudado a bucear en su propia memoria. ¿La ficción le ha permitido conocer y entender mejor su pasado, el de su entorno?

Sé que es una obviedad, pero me gusta pensar que la ficción es otra manera de escharbar en la realidad. Empecé a vivir eso cuando publiqué *Maquis*. Yo sabía muy poco de ese pedazo de nuestra historia. Faulkner decía que el novelista escribe sobre lo que no sabe. Y yo me aplico casi siempre esa afirmación.

18 años después de «El color del crepúsculo», ¿qué ha cambiado de aquel autor?

Ha cambiado seguramente mucho. Como escritor, creo que casi todo —pero cuidado, no todo— lo que apuntalaba mis novelas anteriores quedó atrás. Hablo de una cierta experimentación en el lenguaje, en las estructuras narrativas. Hablo de una escasa preocupación por las historias que contaba.

¿Hay desencanto hoy por la evolución de España y, en concreto, por la de la recuperación de la memoria histórica?

No sé si desencanto o no. Imagino que unos estarán más que contentos con lo que ha pasado desde la muerte de Franco y otros no. Yo



Alfons Cervera (Gestalgar, 1947), retratado en su casa de Valencia. LEVANTE EMV

soy de los que no. Y respecto a la memoria llamada histórica no hay más que mirar la actualidad: las víctimas del franquismo siguen en las cunetas y el PP se niega a condenar el franquismo y a censurar a sus militantes que hacen ostentación de símbolos fascistas.

Hay que ir a Argentina a buscar justicia para las víctimas del franquismo. ¿Qué le parece?

A Argentina y adonde haga falta. Los chilenos tuvieron que acudir a España para detener a Pinochet en Londres. Ahora somos nosotros quienes nos amparamos en leyes y jueces argentinos para enmendar la plana a una justicia como la nuestra, que se excusa en aquella lamentable ley de Amnistía de 1977, que ponía al mismo nivel a los torturadores franquistas y a los torturados.

¿Ha pasado el fenómeno de la novela de memoria histórica?

Bueno, no consiste en preguntarnos si hay o no demasiada novela sobre la memoria histórica. Mire si los americanos llevan años haciendo *westerns*... Lo importante —lo único importante— es si esas novelas son buenas o son una mierda. Lo demás me parece una discusión inútil.

Dice Georges Tyras, su traductor al francés, que su fin es más humanista que político, de recuperación de la memoria confiscada... ¿Comparte ese juicio?

Es que no sé si hay diferencia entre lo humanista y lo político. Tyras creo que se refería a que la motivación política militante no era más importante que la que movió a alguna gente a echarse al monte: la dignidad de unas per-

sonas que tenían unos ideales indeciblemente hechos pedazos.

¿Sus novelas son un alegato contra la tendencia al olvido consensual, como también dice?

Claro que lo son. Primo Levi decía que recordar es un deber. Hay algunos ensayistas importantes que están en contra de la memoria como una enfermedad, pero yo pienso que la auténtica enfermedad es el olvido. Precisamente, los acuerdos consensuales habrían de asentarse sobre la memoria y no sobre el olvido.

No hay héroes en sus novelas, sino gente del pueblo que se conforma casi como un personaje con entidad propia. ¿Por qué?

Porque no confío en los héroes, si es que los héroes existen. Como a mi amigo, el historiador Secundino Serrano, me da miedo la pala-

bra historia escrita con mayúscula. Otro rasgo propio es su forma de narrar, exigente para el lector. ¿Es la literatura que le gusta?

Sí. La figura del lector me interesa muchísimo. Y no para contentarlo fácilmente, sino para exigirle lo mismo que como escritor me exijo. Alguien a quien admiro y es para mí un ejemplo de esto es Isaac Rosa. Pero me gustan muchísimo también los relatos que se basan en la sencillez, con todo al aire, en que el lector se mete sin trabas y alcanza el fondo con una satisfacción inmensa. Hablo por ejemplo de la última novela de Susana Fortes.

¿Todo sigue a medio comenzar y a medio acabar en su Serranía, como sucede en Los Yesares?

Es que toda vida será siempre una vida inacabada. Cuando algo nos parece que ya no tiene remedio y lo damos como definitivo, mala cosa: acabaremos yéndonos a casa, a tumbarnos en el sofá delante de la tele. Y es ahí donde llegan los del poder y nos destrozan el sueño con una impunidad que aterra.

¿Todo sigue a medio comenzar y a medio acabar en su Serranía, como sucede en Los Yesares?

Es que toda vida será siempre una vida inacabada. Cuando algo nos parece que ya no tiene remedio y lo damos como definitivo, mala cosa: acabaremos yéndonos a casa, a tumbarnos en el sofá delante de la tele. Y es ahí donde llegan los del poder y nos destrozan el sueño con una impunidad que aterra.

¿Todo sigue a medio comenzar y a medio acabar en su Serranía, como sucede en Los Yesares?

Es que toda vida será siempre una vida inacabada. Cuando algo nos parece que ya no tiene remedio y lo damos como definitivo, mala cosa: acabaremos yéndonos a casa, a tumbarnos en el sofá delante de la tele. Y es ahí donde llegan los del poder y nos destrozan el sueño con una impunidad que aterra.